

UNIVERSITARIAS

Carlos J. Blanco Colunga
Mirtha del Prado Morales
Maritza Morales Sánchez

Familia y Valores. ¿Hacia dónde vamos?

Abordar el tema de los valores y la institución familiar es una tarea que resulta bien compleja, aun cuando dicho abordaje sea desde lo teórico, desde lo ideocosmovisivo. Sin embargo, es ésta una necesidad ineludible. Los valores son nuestra esencia, nos hacen específicamente humanos. La crisis axiológica que atraviesa el mundo y de la cual no está exento nuestro contexto social, amenaza seriamente a la humanidad. El hecho de que el hombre ponga en peligro su propia existencia, es el más claro indicador de la agudeza de esta crisis, y comprenderla en su sentido más profundo es un requisito imprescindible para su superación.¹

Pero, ¿qué son los valores? Qué aceptar como bueno, positivo, justo, bello, útil y qué calificar como negativo, malo, injusto, feo o perjudicial, han sido interrogantes a las que el hombre ha tenido que

¹ La idea que el hombre pone en peligro su propia existencia es desarrollada en el artículo “La vida humana como criterio fundamental de lo valioso” de Fabelo, José Ramón. Los valores y sus desafíos actuales. La Habana, Editorial José Martí. 2003.

buscar respuestas para orientarse en la vida, para encontrar las fuerzas motivacionales que guíen su actividad y conducta.² “Valor es el carácter de las cosas que consiste en ser más o menos apreciadas o deseadas por un sujeto, o más comúnmente, por un grupo de sujetos determinados”³. El valor tiene que ver con lo que es aprobado socialmente como positivo. Los valores humanos son imprescindibles para la armoniosidad de la vida. Una sociedad sin valores está en proceso de autodestrucción.

Atendiendo a lo psicológico, el valor tiene dos dimensiones de expresión, una externa que se refiere a la asunción del valor como asignación determinada desde fuera que se cumple pero sin personalización, y una subjetivo-interna que da cuentas de una apropiación individualizada, reflexionada de dicho valor. En este caso, los sujetos que se mueven en esta dimensión, además de conocer la norma y comportarse congruentemente, “la hacen suya, la viven, la recrean y la hacen crecer convirtiéndose en principio axiomático de su vida”⁴, en verdadero valor.

De cualquier modo, es importante la integración entre valor social y valor subjetivo. El valor social se refiere a aquello que resulta necesario para la coexistencia de los seres humanos. Estamos hablando de solidaridad, de respeto, de humanismo, de cooperación. Si estos valores sociales no se instituyen como valores personalizados, subjetivos, se pierde lo concretamente humano. Recuérdese que somos seres sociales, que lo individual es de algún modo también social.

Los nuevos cambios sociales (la tecnología, la modernización, automatización, e incluso la globalización) han traído al mundo una cultura que se funda en el tener para ser y no exclusivamente en el ser entendido éste como aquello que cualifica al hombre, que lo

² Fabelo, José Ramón. Los valores y sus desafíos actuales, La Habana Editorial José Martí, 2003. pág. 17.

³ Esta definición fue extraída de un diccionario enciclopédico por el Dr. Manuel Calviño, quien la refiere en su conferencia “Los valores y el desarrollo espiritual. Reflexiones desde la vida cotidiana” pronunciada en la Iglesia de Santa Rita, La Habana, 2002.

⁴ Frase de Subbotsky referida por Calviño en Temas de Psicología y Marxismo. pág. 144

dota de valor en y por sí mismo. Tener implica definitivamente una cultura de la competencia, en la que se legitima como bueno la astucia, la inteligencia, el individualismo, la lucha por el poder adquisitivo; lo cual se contrapone evidentemente con valores de todos los tiempos como son la colaboración, la solidaridad, la lucha por el bien común, el cuidado de las relaciones personales y con el ambiente, etcétera. Esta es la crisis de valores.

Sin embargo, lo social no es algo abstracto. Lo social se objetiva en los diferentes espacios socializadores y entre ellos la familia ocupa un lugar primordial. De ahí que nos preguntemos si la crisis de valores se relaciona en alguna medida con la institución familiar, la cual continúa siendo, a pesar de su existencia milenaria, un espacio esencial de formación y desarrollo de la personalidad. Las primeras orientaciones de valor que recibe el niño sobre cómo ser y hacer, son justamente potenciadas en el marco familiar.

Pero ocurre que en la actualidad se habla también de crisis en la familia, crisis por demás no en términos de posibilidades de desaparición, tampoco de cuestionamiento de un modelo como superior al otro, sino crisis en un sentido que se refiere a cambios en el modelo tradicional de vivir y hacer familia. La modernidad ha puesto en crisis el modelo patriarcal de familia que por muchos años perduró.

La familia antaño era comprendida (y no hace tanto) como unión legal entre un hombre y una mujer que lo hacen en un proyecto para toda la vida con el objetivo de procrear, educar a los hijos y satisfacer necesidades humanas de unión y compañía.

Lo común era entonces una familia de constitución biparental, nuclear, instituida bajo el mandato del hombre que participaba de los espacios públicos para satisfacer las necesidades económicas de la prole y donde la madre se limitaba al espacio hogareño, quedando su función reducida a la crianza y educación de los hijos.

Sin embargo, el panorama actual es otro, completamente distinto. La unión ahora puede ser legal o no, puede ser para siempre, pero las separaciones y los divorcios son más que frecuentes, los miembros de la unión no son siempre heterosexuales, la unión no es ya únicamente para procrear. Las familias tienen estructuras diversas, ocurre el fenómeno del hogar monoparental con jefatura femenina, la mujer defiende sus derechos, la familia crece en

cuanto a miembros y el momento del ciclo vital en que ocurría el desmembramiento o contracción, ahora ya no siempre se produce.⁵

Cabe entonces preguntarse no sólo si la institución familiar tiene que ver con la formación de valores, lo cual es obvio, o si la crisis de valores implica a la institución familiar, sino también si la crisis y redefinición del espacio familiar determinan en alguna medida la crisis de valores.

La familia cambió por factores tales como: la incorporación de la mujer al trabajo, el desarrollo científico que posibilitó la producción de métodos para la anticoncepción, la eliminación progresiva de los sostenedores externos del matrimonio (dependencia económica, prescripciones religiosas y morales), la revolución sexual, el movimiento feminista y su batalla contra la autoridad patriarcal, el individualismo creciente en algunas sociedades (ahora se cuestiona la relación en la que se diluye el yo en el nosotros), el conflicto con que se vive lo asignado en cuanto a roles (padre-madre, hombre-mujer: antes no había conflicto, en todo caso resignación), la redefinición de términos como autoridad y obediencia.⁶

Estos factores, aunque son de carácter macrosocial, pudieran entonces responder la pregunta, evidenciando los nexos entre crisis familiar y de valores, nexos que no pueden ser vistos como lineales. El fenómeno es bien complejo como para quererlo simplificar. Pero no hay duda de que esta nueva comprensión de familia pone en crisis determinados valores que el modelo anterior defendía y hasta de alguna forma con su estructura los garantizaba.

Pensemos, por ejemplo, en la educación formal como valor. La familia tradicional se sustentaba en el poder omnipotente e incuestionable del padre, y con tan solo una mirada, el hijo sabía qué podía o no hacer. En la actualidad las relaciones con los hijos se vuelven más flexibles, y ello determina que el hijo cuestione la autoridad,

⁵ Patricia Arés realiza un análisis sobre la redefinición del concepto de familia a partir de las circunstancias actuales del cual hemos partido, que se encuentra en el artículo “La familia. Fundamentos básicos para su estudio e intervención”. Psicología. Selección de textos. pág. 100.

⁶ Una explicación más detallada sobre estos y otros factores en *Familia actual. Realidades y desafíos para su evaluación e intervención* de Patricia Arés. *Psicología de la Familia. Una aproximación a un estudio*. págs. 40-41.

que no la asuma sin una crítica reflexiva de ella. A esto habría que sumar que ya la madre no está con los hijos todo el tiempo, ha salido también a los espacios públicos y las posibilidades reales de educación efectiva en relación con el tiempo de que dispone para ello disminuyen.

Pensemos en la responsabilidad y el compromiso. Ciertamente se formaban desde posiciones de poder un tanto negativas que generaban, en todo caso, la asunción del valor de un modo predominantemente externo, pero los padres, viviendo en un núcleo pequeño, con el contacto directo con los hijos, podían educarlos en hacerse responsables de aspectos concretos de su vida y comprometerse con su realidad. Hoy un niño que vive en una familia extensa, multigeneracional, no tiene modelos que asumir. El padre le responsabiliza con una función, pero luego el abuelo la ejecuta. La madre sanciona por falta de compromiso y la abuela luego libera del castigo. La inconsistencia genera inseguridad y en consecuencia falta de compromiso.

Reflexionemos sobre el amor como valor universal. Antes el matrimonio tenía sostenedores externos que favorecían su permanencia. Al perderse dichos sostenedores, la tasa de divorcialidad aumenta. Y no es éste un fenómeno negativo, es expresión del desarrollo. Lo que ocurre es que la contemporaneidad nos ha sorprendido sin tener las herramientas para vivir en pareja y resulta que ahora por una sencilla discusión la solución puede ser el divorcio. El placer individual se impone a la necesidad del proyecto común. La búsqueda solidaria de la satisfacción común, el deseo de compartir, van cediendo espacio a sentimientos que ponen al YO en un lugar muy distante del NOSOTROS. Y aunque los padres expresen otra cosa, el modelo que el niño ve es éste, y luego lo reproduce en sus relaciones interpersonales.

Con respecto a la crisis económica del país también pueden observarse estas situaciones. Ella implicó por parte de la familia cubana la búsqueda de vías para el mantenimiento de la vida, lo que hiperbolizó la función económica sobre la afectiva, la educativa y otras. Los padres dedicaban ahora más tiempo a obtener remuneración para poder vivir que a compartir en el hogar con los hijos. El mensaje que llega al niño es entonces que lo importante es producir riquezas materiales. Se instituye una ética del tener. Lo material se exagera dejando de ser condición básica para la vida, pero no suficiente. Esto explica que si bien en la escala valorativa

del cubano en el año 1988 estén en los primeros lugares la familia, el respeto, la solidaridad; a finales de la década de los noventa los valores esenciales sean la competencia profesional, la inteligencia, la astucia; aspectos que, desde luego, facilitan determinados niveles adquisitivos.⁷ (De acá el jineterismo, la prostitución, el robo).

La lista de correlatos entre cambios al interno de la familia y cambios de valores pudiera ser entonces interminable, y lo que interesa es reconocer que la familia tiene un papel esencial en esta problemática. Vale aclarar, eso sí, que no se trata de comparar dos épocas y defender la superioridad de una sobre otra. Es absurdo negar el desarrollo. En definitiva, inteligencia y lucha por el respeto a los espacios individuales son también valores legítimos. Además, no puede asegurarse que los valores tradicionales se vivenciaran por las personas de un modo verdaderamente interiorizado. Bien sabemos que las estructuras del poder patriarcal no daban margen a otra posibilidad. ¿Qué hacer entonces? ¿Se trata de vivir en la queja y la añoranza por los valores de antaño? ¿Debemos permitir que se sigan debilitando importantes valores que nos definen como *Homo Sapiens*? ¿Acaso debemos obviar los valores emergentes del nuevo paradigma familiar y social?

Creemos que la cuestión es redefinir valores, hacer ejercicio de la negación dialéctica. Hay que asimilar lo nuevo que es bueno y traer a los escenarios actuales lo viejo que también es bueno. Ahora bien, eso viejo hay que redimensionarlo y contextualizarlo en la situación actual concreta. El respeto del que se hablaba antes necesariamente tiene que ser comprendido desde la perspectiva de las circunstancias contemporáneas. No puede vivirse de sueños, el mundo necesita de acciones concretas. El pasado es sólo eso, el presente hay que construirlo en consonancia con las circunstancias actuales. ¿Qué valores potenciar entonces en el contexto actual?

El respeto, pero no simplemente como sumisión ilimitada al poder patriarcal, no simplemente como normativa de cultura educativa,

⁷ Las jerarquías de valores en los años 1988 y 1997 a las cuales se hace alusión son el resultado de estudios realizados por el Centro de investigaciones Sociológicas y Psicológicas y la Facultad de Psicología de la Universidad de La Habana. Referido por Fabelo, José Ramón. *Los valores y sus desafíos actuales*, La Habana, Editorial José Martí. 2003. págs. 169 y 170.

sino como definición existencial de las relaciones humanas. Respeto al derecho ajeno, respeto a las diferencias, a la individualidad, respeto a la opinión y decisiones de los otros.

Honestidad, pero no como simple aspecto moral dictaminado y exigido desde fuera, sino como transparencia comunicativa, informativa, claridad de intenciones y motivos, disponibilidad a facilitar el encuentro con la verdad.

Sensibilidad, porque hay que sentirse partícipe en la ayuda, en el apoyo y el vínculo. Hay que desarrollar la capacidad de sentir y ponerse en el lugar del otro, esto es comprensión empática. Aquí están las bases para la solidaridad, la amistad, la colaboración.

Compromiso y responsabilidad, algo que puede hacerse desde la voluntad y la comprensión, desde la decisión y el sentimiento. Hay que comprometerse con el bienestar humano, con la potenciación de modos de vida más plenos (lo cual incluye el cuidado del medio ambiente), con la felicidad.⁸

Autonomía y autoestima: Estos son valores emergentes y nuevos. No se puede dar de lo que no se tiene. No puedo comprometerme con otros si no lo hago conmigo primero. No puedo amar y respetar a otros si violo mis más legítimos derechos. Sólo el que decide por sí mismo asume las implicaciones de sus decisiones.

¿Es todo esto un sueño irrealizable, o hay posibilidades reales de que el panorama cambie? Optamos por el desarrollo, por la creencia básica en las potencialidades del ser humano. Ahora bien, ¿cómo lograr que estos valores se hagan nuevamente visibles? La respuesta es, inevitablemente: en las **RELACIONES HUMANAS**.

El lugar real de existencia del ser humano son los vínculos (decía Pichón Riviére), las relaciones personales. La relación socializa, hace crecer, promueve la espiritualidad humana. La relación es

⁸ Estos cinco valores mencionados son propuestos de este mismo modo por M. Calviño como elementos constitutivos de lo que él llama la ética de las relaciones interpersonales. Los hemos extraído porque los consideramos valores esenciales que las sociedades contemporáneas deben ser capaces de formar en los seres humanos. En "La ética de las relaciones interpersonales: sustento axiológico de la ética profesional del psicólogo", Temas de Psicología y Marxismo. págs. 146-149.

una necesidad impostergable para la existencia y subsistencia del hombre. El respeto, el amor, la solidaridad, se crean en la relación. Se trata de obrar como personas, y la persona es un yo indivisible con vocación innata para la verdad y la justicia, el amor y la convivencia, el respeto y la igualdad, decía Forcano.

Esta relación tiene una característica esencial y aquí está el cambio que tiene que darse en la educación de padres a hijos. Nos referimos a una relación que es intensamente afectiva. La cotidianidad nos acorta tanto el tiempo que hemos olvidado la importancia de expresar cariño, de ser afectuosos. Las funciones informativa y reguladora de la comunicación tienen que ceder espacio, que conjugarse con la afectiva. Los valores se generan desde una profunda relación humana, desde los sentimientos más auténticos.

¿Tiene Cuba condiciones que faciliten este cambio? Sí, en Cuba la infraestructura social tiene creada las condiciones para la existencia de redes de apoyo positivas, lo cual siempre resulta una garantía. Ello se evidencia en la relación familia y comunidad, etc. Al mismo tiempo, aunque la tendencia es a la nuclearización, se han mantenido los nexos entre los parientes. Finalmente, puede decirse que la familia sigue constituyendo para el cubano un valor muy fuerte: allí están las mayores fuentes de gratificación (aunque también los mayores dolores emocionales).⁹

Se trata pues de esforzarse, de trabajar. Berman decía que el crecimiento humano tiene sus costos humanos y todo el que lo desee deberá pagar el precio, y el precio es alto. Pagar el precio es una tarea que se impone. Llevémosla a hechos concretos.

Bibliografía

Arés Muzio, Patricia, *Psicología de la familia. Una aproximación a su estudio*. La Habana, Editorial Félix Varela, 2002.

_____. "La familia. Una mirada al futuro". Conferencia magistral en el acto de inauguración del Taller Internacional "Abriendo las puertas a la Familia del 2000", En formato electrónico, La Habana, 1997.

⁹ Estos "factores de resiliencia", o sea, las características de la familia cubana que pueden favorecer el desarrollo de valores quedan explicitados en «La familia. Una mirada al futuro», Conferencia de la Dra. Patricia Arés. En formato digital. págs. 5-6.

_____. “La familia. Fundamentos básicos para su estudio e intervención”. En Castellanos Cabrera, Roxanne. *Psicología. Selección de Textos*, La Habana, Editorial Félix Varela.2003.

Calviño, Manuel. *Temas de Psicología y Marxismo. Tramas y subtramas*. Editorial Félix Varela. La Habana, 2000.

Calviño, Manuel, *Temas de Psicología y Marxismo. Tramas y Subtramas*, La Habana, Editorial Felix Varela, 2003.

_____, Conferencia “Los valores y el desarrollo espiritual. Reflexiones desde la vida cotidiana” pronunciada en la Iglesia de Santa Rita. En formato electrónico. La Habana, 2002.

Fabelo Corzo, José R., *Los valores y sus desafíos actuales*. La Habana, Editorial José Martí., 2003.

Cortés Morató, Jordi y Martínez Riu Antoni. *Diccionario de filosofía en CD-ROM*, Barcelona, Empresa Editorial Herder S.A., 1996. ISBN 84-254-1991-3.